

mosaicos, tierras cocidas, vasos, bronce, etc., colocados en la Pinacotheca, amontonados en el templo de Teseo, esparcidos por todas partes, necesitarían volúmenes. Paseando en medio de estas ruinas, se puede seguir el arte griego al través de todas sus edades, desde la época eginética, tan sobria hasta la época romana que suple la calidad por la cantidad. Este estudio es de los más interesantes y será de los más completos en Atenas, cuando se ponga orden en todo esto, y sobre todo cuando la arqueología se desembarace del pedantismo y de los sistemas de los arqueólogos.

Las diferentes épocas de la estatuaria son otros tantos períodos netos y precisos de la condición moral de los griegos: pueden seguirse paso á paso todos los caracteres de esa divina libertad hasta el momento en que la esclavitud sofocó con el genio del arte que es su inseparable compañero. Al principio la isla de Egina, libre é independiente produjo sola. Hasta después de Pisistrato, Atenas no ve á Phidias: con Praxiteles la sencillez se cambia ya en elegancia; con Alejandro Lisipo intenta en vano un renacimiento: la apatía del lujo y el consiguiente embrutecimiento han reemplazado ya al espíritu público y al desinteresado amor á la gloria. El arte no da ya á las estrechas miras y á las refinadas pasiones de los que lo pagan sino una repetición ó un disfraz de las inspiraciones precedentes. El mal gusto de los ornamentos, el amaneramiento de los paños, el abuso de los detalles, lo mezquino y minucioso de la composición, lo precipitan rápidamente á su decadencia, y en tiempo del último de los Ptolomeos se va á morir al suelo de Egipto que había sido su cuna.

Descubrimiento de Mr. Beulé.—Escavaciones del teatro de Herodes.—Mr. Pittakis.—Investigaciones infructuosas.—Templo de Júpiter Olímpico.—Una Estilita.—El estadio.—El arco de Adriano.—La linterna de Demóstenes.—Monumentos bizantinos.

En frente de los Propileos, en el recinto murado del Acrópolis está la puerta que en 1853 descubrió Mr. Beulé. Este descubrimiento hizo gran ruido en Francia. En un lado de la puerta se lee la siguiente inscripción en francés y en griego. «Francia descubrió la puerta del Acrópolis, los muros, las torres y la escalera. Beulé 1853.»

Cuando Mr. Beulé llegó á Atenas, la base de los muros del Acrópolis delante de los Propileos como en las otras partes, estaba enterrada. Mr. Beulé supuso que el Acrópolis debía tener una entrada por este lado, y que esta entrada debía hallarse en el eje de la puerta central de los Propileos. Con esto comenzó los primeros trabajos á sus espensas, los continuó por cuenta del gobierno francés y después de dos

años de escavaciones continuadas con firme convicción y perseverancia infatigable descubrió completamente una puerta flanqueada por dos bastiones.

Mr. Beulé dió de este descubrimiento una explicación muy complicada, basada en diferentes suposiciones: demolición de los muros por Sylla, presteza en levantarlos de nuevo á la llegada de los godos, trabajos fuera del edificio, depresión del suelo antiguo, etc. Algunos sabios han encontrado contradicciones en estas ingeniosas hipótesis, creyendo que el joven arqueólogo quiso probar demasiado y no estableció el acuerdo posible de los hechos que sirven de base á su memoria. Sin embargo, una puerta había allí y era natural querer dar una explicación histórica á riesgo de encontrar objeciones. Pero hé aquí una crítica más grave. Mr. Beulé afirma que esta puerta tiene cierta relación con el plano de Mnesicles, ó en otros términos, que es la puerta del Acrópolis. Es una cuestión de arte. La concepción de semejante entrada, de 1 metro y 89 centímetros de ancho, dando acceso á una escalera que tiene 70 pies de abertura y más de 100 de desenvolvimiento, ¿puede referirse al plano de los Propileos? ¿Hay una prueba de ello? La única sería una pared á la que Mr. Beulé da el nombre de muro *pelásgico*. Ahora bien, ese muro pelásgico se asemeja tanto á lo que los romanos llamaban *opus incertum*, que es lícito no creer en la existencia precedente de una escalera griega ó en una intención de escalera, y no se debe suponer en el arquitecto una idea que hubiera sido una falta enorme de perspectiva y proporción.

Escavaciones interesantes, pero que ha hecho menos ruido son las emprendidas en el teatro de Herodes Atico, enterrado bajo los escombros de la vertiente meridional del Acrópolis. Fueron comenzadas en 1857 por Mr. Pittakis, conservador de las antigüedades de Atenas. Mr. Pittakis es el hombre del Acrópolis. Desde por la mañana se ve caminar su estrecha sombra entre los escombros, y por la tarde se ve ya bajar abultada con un nuevo tesoro, que el modesto sabio oculta á las miradas bajo su gabán. Su gabinete enriquecido de bajo-relieves é inscripciones ofrece una imagen fiel de su erudición enciclopédica: es un catálogo vivo, y su muerte clasificará muchos fragmentos, cuyo origen é importancia él únicamente sabe.

Dunoyer y yo íbamos con frecuencia al Odeon de Atico mientras que se desembarazaban las escaleras. Mr. Pittakis estaba siempre allí, sin perder un golpe de pico, y cada uno era un descubrimiento nuevo y una nueva discusión.

Estas visitas habían desenvuelto en nosotros el gusto de las investigaciones, y muy pronto se presentó la ocasión de hacer nuestras primeras armas. Una mañana que salimos á caballo Dunoyer y el pro-

fesor St. tomaron á la derecha, mientras yo me fui por la izquierda. A la vuelta encontré á mis compañeros llenos de entusiasmo; habían visto al pie del Himeto, en la orilla de la mar algunos *túmulos*. Convinimos en solicitar del ministro Christopulos, autorización para hacerles una abertura, y luego que nos fue otorgada, partimos al amanecer precedidos de media docena de operarios. El cortejo, la mitad á caballo, y la otra mitad en asnos, caminaba alegremente, mezclando sus voces graves á la aguda voz de la cigarra. Al llegar, y habiendo abierto el apetito este paseo matinal, almorzamos y se dió luego principio al trabajo; pero los operarios griegos fuman mucho, y el brasero en que encendian sus cigarros, estaba á gran distancia: por manera que á la noche habían escarbado un pie de terreno, fumado de 25 á 30 metros de cigarros y andado 10 leguas de camino. Así, pues, quedaron nuestras investigaciones á despecho del profesor St. que había ya computado la parte de tesoro que le correspondía.

Fuera del Acrópolis, los monumentos son aun numerosos: al salir del Odeon de Atico se sigue una línea de arcadas que hacían parte del pórtico de Eumenes; se deja á la izquierda el teatro de Baco, ya arruinado, y se llega al arco de Adriano, especie de puerta cochera de dudoso gusto: por detrás se elevan las columnas del templo de Júpiter Olímpico, que era el más vasto de Atenas. Allí se está en la ciudad romana, y no es difícil reconocer en estos vestigios el sello de los arquitectos latinos, que creían hacer *grande* haciendo *elevado*. Solo quedan ya quince columnas de pie. Sobre una de ellas se ve un nicho que ha servido de retiro á un monge stillita, el último, á mi entender, de aquellos místicos.

«Estaba, dice uno de estos solitarios, que nos ha dejado la historia de sus sufrimientos, estaba tan castigado por los rigores del hielo que, muchas veces se me cayeron las uñas de los pies y el agua helada pendía de mi barba en forma de estalactitas.»

A pesar del frío y el calor, el monge de Atenas prolongó muy mucho su singular existencia, vida contemplativa, cuyo ejemplo, tomado del Asia, se propagó después por toda Europa.

Al otro lado del Iliso está el estadio Penathenáico. Los espectadores estaban al principio sentados en tierra. Herodes Atico hizo cubrir los asientos de mármol, lujo que escitó de tal modo la indignación de un filósofo, que se escedió en un discurso hasta esponerse á ser apedreado. «Si en medio de los bebedores ébrios, dijo, quieres conservar la razón, tú solo, solo tú parecerás ébrio en medio de los bebedores.»

Desde esta colina se prolonga en líneas severas hasta el mar el campo de Atenas: en medio del día el paisaje tiene una calma, un estupor, si puede así decirse, de lo más extraño que se ve. Nada se mueve:

la sombra del pastor se destaca inmóvil en el fondo del cielo; las águilas que por allí se ciernen, parecen enclavadas en bóveda celeste; todo está petrificado.

Dejando á la derecha el arrabal de la Reina que en aquel oscuro suelo pronuncia fuertemente una señal blanquinosa, se encuentra en medio de la calle de la Trípede el enérgico monumento de Lisicrates. Este pequeño edificio, cuyos capiteles se citan como un modelo del estilo corintio, era el testimonio de la pureza del canto de una tribu ateniense. El padre Simon, superior de los capuchinos, lo compró en 150 escudos y le aseguró bajo la dominación turca, la protección francesa. La tradición popular le da el nombre de *Linterna de Demóstenes*, creyendo que en esta rotonda el célebre orador declamaba sus discursos: el único inconveniente de semejante suposición es que el monumento no tuvo nunca puertas ni ventanas.

El sepulcro de Philopapus el Sirio, erigido en la colina del Museo, no es notable más que por el gran número de inscripciones y nombres que hay en él grabados; nombres célebres de los que, nacidos en la libertad, fueron espulsados con ella y anduvieron errantes por Europa durante los primeros años de este siglo.

Yo he encontrado allí triste y melancólico un joven de veinte años, que padecía del corazón. Su médico lo había hecho pasear por Egipto y Siria, sin que las ruinas de Tebas y Palmira lo hubieran podido curar. Un mes después lo volví á ver en Dafne, alegre y risueño, cabalgando al lado de una de las amazonas más elegantes de Atenas. Había despedido á su alópata. *Similia similibus* ¿Cómo negar, después de este ejemplo que la homeopatía pueda hacer sorprendentes curas?

Por lo demás, no es la menor curiosidad de Atenas la continua afluencia de forasteros de todos los países; pero mis queridos compatriotas aparecen y desaparecen como sombras chinescas: el viernes desembarcan hambrientos de antigüedades y se embarcan otra vez el domingo satisfechos, hartos.

A ninguno de ellos he podido hacer visitar otra cosa que los monumentos antiguos. Apenas echaban una ojeada sobre estas pequeñas iglesias bizantinas. El arte justiniano no goza en Francia de mucha consideración. La opinión de fray Eusebio es que en iglesias tan pequeñas está Dios alojado con mucha estrechez; otros opinan que este arte es solo una mala imitación del arte griego. La culpa es de los historiadores que han maltratado mucho la desgraciada época bizantina. «Toda la duración del imperio bizantino, dice Gibbon, no ofrece un descubrimiento que haya aumentado la dignidad del hombre ó contribuido á su honor.»—«Si buscamos, dice otro, el



contingente que el Bajo Imperio ha traído á la civilización moderna, encontraremos el cuerpo de leyes romanas y el gusano de seda. Fuera de esto nada, como no sea el molino de viento, traído del Asia Menor en el siglo XII.»

¿Por qué no citar también las ciruelas y las ascaslonias importadas en Europa en la misma época? Esto

hubiera sido también chistoso. De arquitectura ni una palabra. Sin hacer una enumeración que no tendría aquí cabida, me parece que los que, á cambio de la ignorancia feudal, nos legaron el renacimiento de las artes y de las letras merecían algún miramiento. Y así siempre sucede como resultado natural de la condenación de toda una época, que no se conocen sus



Alto-relieve de Fidias, metopa del Partenon.

obras sino de una manera muy superficial. En la misma Atenas, los modernos arquitectos encargados de la construcción de una catedral, han preferido la pesada muleta del orden oriental y latino á los graciosos modelos de la Kapuikarea y de San Teodoro, que tenían á la vista.

Mr. Bulanger que ha decorado con tan esquisito gusto la nueva iglesia rusa podría mejor que ningún otro, según los primeros trabajos de Cuchand, publicar datos sobre esta época que, en su larga permanencia en Atenas, ha tenido ocasión de estudiar estensamente.

Ya es tiempo de hacer ese trabajo; porque allí como en todas partes, la restauración armada de la trulla y de la brocha, restaura pero á ciegas.

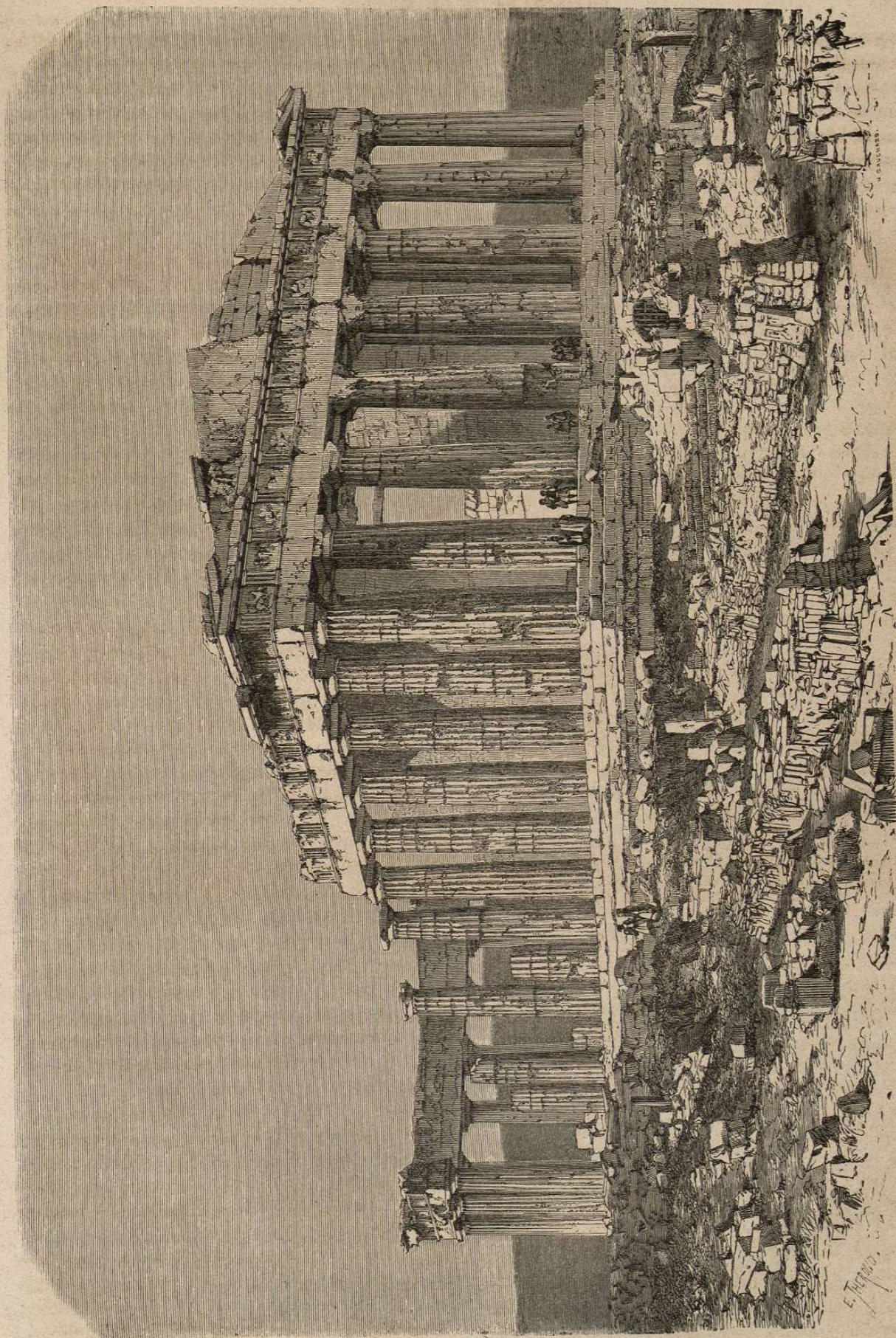
La colonia francesa.—La escuela de Atenas.—Hospitalidad griega.—Importaciones europeas en Grecia.—Un ingeniero francés y un capitán de caballería.—Los phanariotes.

—Convengo, me decía un amigo mío á mi regreso, convengo en que el estudio de la antigüedad ofrece grande interés, pero ¿qué ha podido usted hacer todo un invierno en Atenas?

—Veía la sociedad griega y aseguro á usted que las relaciones son allí muy agradables.

—¿Hay allí muchos franceses?

—Los hay efectivamente: hay primero una embajada, había á la sazón una inspección financiera y una administración de puentes y calzadas; pero yo apenas las veía, porque fui á Grecia á ver griegos.



El Partenon. — De fotografía.



—Estaba usted sin embargo, en relaciones con la escuela francesa.

—Ciertamente, antes de su reorganización: en aquella época no había más que una sección de letras y cinco letrados muy afables: MM. Thenon, Perrot, Hinstin, Heuzey y de Claubry. MM. Thenon y Perrot fueron á explorar la isla de Candía y su conversación era de sumo interés; Mr. Hinstin, recorría la Atica; Mr. Claubry fotografiaba admirablemente y Mr. Heuzey preparaba el notable trabajo que acaba de publicarse sobre la Arcania.

—Es muy justo el objeto de esa escuela.

Mr. Lacroix, uno de sus miembros dice que el verso de Horacio

*Adjacere bona paulo plus artis Athenæ,*

podría servirle de divisa; pero Mr. Ruland dice en su última relación que esa divisa está también destinada á llevar al seno de una nación amiga el testimonio de nuestras simpatías y el gusto de nuestra civilización. Esta intención de hacerse amar por la palabra es en verdad muy loable, pero yo veo un impedimento, á saber: que la escuela francesa frecuenta muy poco la sociedad griega.

—O que la sociedad griega frecuenta muy poco la escuela francesa.

—Como usted quiera: para frecuentar la primera se cuenta con una afectuosa acogida. Algunos escépticos pretenden que así como la sobriedad no es una virtud, sino una precaución higiénica bajo aquel clima abrasador, la hospitalidad no es sino una consecuencia de los pocos recursos que ofrece el país. Es evidente que á medida que se penetra en el país, faltando cada vez más las necesidades de la vida, el griego es cada vez más hospitalario y generoso. Es igualmente cierto que las costumbres egoístas de nuestro occidente tienden á reemplazar la amenidad oriental, y que dentro de algunos años en vez del tchibuk, del café y de los dulces servidos al recién llegado, se contentarán con dar como en París, las señas de las mejores fondas. Pero lo que no se parece á nada es esa prontitud de las primeras relaciones. En cambio la intimidad es difícil: si el griego no os convida con más frecuencia á la mesa, es que la familia es pobre y orgullosa en su misma pobreza, y quiere sustraerse al exámen y sobre todo á la burla que nosotros hacemos de todo. Esta inquietud perpétua de su parte nos ofusca, porque no tenemos en cuenta la diferencia de carácter y también la diferencia de condición pasada y presente.

Puede reprocharse el mismo error á los reformadores que han querido latinizar la Grecia actual. Las costumbres de los griegos permanecen orientales, esto es, patriarcales y democráticas, llenas de los recuerdos de la civilización asiática, cuya más alta perso-

nificación es Homero, y de los primeros preceptos cristianos, cuyo más digno apóstol es San Pablo.

Hace treinta años que se pretende disciplinar la Grecia á la Europa. Yo digo desde luego que no se ha logrado, y que si es menester ir hasta la cabaña del campesino ó hasta la tienda del pastor para hallar las costumbres vírgenes, las costumbres intactas de todo contagio occidental, en los salones de la misma Atenas, donde la impresión ha sido más profunda, el barniz es solo superficial.

Si á primera vista, nada parece más idéntico á un salón francés que un salón griego (exceptuando la comodidad) la ilusión será de duración muy breve, pues no se tarda en conocer que el grupo de *dilettanti* que se ríe de nuestras clasificaciones gerárquicas y sabe encontrar al hombre bajo su vestido, es más numerosa de lo que parece.

A medida que se entra en la intimidad de alguno se encuentran los verdaderos caracteres de raza: sentimiento de igualdad, iniciativa individual, profunda antipatía á nuestras costumbres disciplinarias. Hablando de nosotros, se suele oír decir á los atenienses: *los europeos*, como si habitaran ellos á la parte opuesta del Bósforo.

Por lo demás el antagonismo de griegos y latinos no data de hoy: nada hay de común entre ellos, ni aun la religión: tan diferentemente proceden las ideas. Mientras la individualidad inherente á su carácter hacia de ellos los rivales del comercio inglés, las instituciones europeas no han tenido más resultado que una parodia miserable de nuestras costumbres. Es una pretensión hasta ridícula querer medir á todo el mundo con la misma vara y condenar á aquellos á quienes molesta nuestro traje. La experiencia ha probado contra este despotismo lo que decimos, porque, si bien se recuerda la alegría de Europa al ver al hijo de Mahoma vestir el *indispensable*, tampoco se olvida su disgusto al sentirlo estallar al primer movimiento. Pero nosotros no desistimos de imponer nuestras costumbres y somos los dignos descendientes de Vaucanson.

«Hablad en francés si queréis que se os entienda,» decía uno de mis compatriotas recién desembarcado al mozo de la fonda de Oriente.

Durante mi permanencia en Scutari veía todas las mañanas á unos desdichados turcos conducidos por un oficial francés al ejercicio. Los pobres se caían con frecuencia, y el oficial se enfurecía maldiciendo á todo el mundo. ¡Hubiera sido tan sencillo devolver á aquellos ginetes sus sillas turcas!

La sociedad ateniense educada á la europea se asemeja bastante á un jardín de aclimatación donde nada se hubiera aclimatado, pero donde se descuidara el excelente cultivo de las plantas naturales.

Los primeros panegiristas del elemento occidental

fueron los phanariotes. Estas familias refugiadas después de la conquista de Constantinopla en el Phanar, arrabal de Stambul, é inscritos al servicio otomano en la diplomacia y la administración de las provincias tributarias habían adoptado las costumbres del Occidente desde hacia mucho tiempo. Aun intentaron crear una nobleza y se conservan entre ellos los títulos administrativos; pero estas pretensiones nobiliarias no han pasado en Grecia del umbral de sus puertas y no se exhiben más que al extranjero.

«A los griegos falta una aristocracia,» dice un escritor inglés. No estoy de acuerdo con Mr. Budouris, *the finest gentleman in Greece*, ni con mi amigo Britos, que en su guía de Atenas toma de nuestro vocabulario estas palabras: *bon genre, bon ton, bonne société*. Los griegos tienen el sentimiento democrático y no podrán nunca sujetarse á ciertas convenciones inglesas ni francesas. No hay que hacerse ilusiones por los pequeños resulta dos obtenidos: si se ha llegado á formar una sociedad en Atenas al gusto de Europa, no se funde así como quiera á todo un pueblo; y el día en que ese pueblo sopla no más sobre ese andamio mal hecho, quedarán tan pocas señales como si nunca hubiera existido.

Es un lugar común que se repite en Grecia sin cesar. El Oriente ha civilizado al Occidente, el Occidente le debe su civilización. Es, en efecto, útil de hacer gracia al Oriente de todos los descubrimientos de la ciencia moderna; pero es completamente superfluo hacérsela de unas instituciones, cuyos defectos conocemos nosotros mismos, y son además incompatibles con sus costumbres. Los escritores que se rien de que los escelentísimos ministros tuteen al tendero de la esquina, hacen bien; pero el ridículo no consiste en tutear al tendero, toda vez que está en sus costumbres hablar de *tú* á todos los hermanos sea cualquiera su clase y condición; el ridículo consiste en dar el título de excelencia á los ministros, porque así se acostumbra en Baviera.

Yo no encuentro de ningún modo mal que el héroe Canaris no se ponga bien la corbata; lo que en cuento mal es que lleve corbata. Y si en los bailes de corte los *pallikares* no tienen el porte ó tono de nuestros elegantes, no hay en ello nada de extraño, sino de muy natural. La condecoración del Salvador sienta muy bien en una levita negra; pero ha dado el resultado un elemento de corrupción en un pueblo que no conocía distinciones ni favores.

En resumen yo no veo lo que los griegos habrían ganado en amueblarse con un mecanismo social semejante al nuestro, si ese mecanismo no funcionase. Es, pues, un gasto inútil de tiempo y de dinero.

Los griegos y su origen.—Cualidades de espíritu.—Traje nacional.—El Angora.—Las mujeres.—Grecia y Holanda.—Probidad.—Sistema monetario.—Calles de Atenas.—Jonios y chiotos.—Las cuatro esquinas de la bella Grecia.—Paseo Patísia.

Si hubiéramos de caer á Fallmerayer, no habría ya griegos en Grecia; solo habría slavos. Está fuera de duda que los helenos de la Tracia y de Macedonia no pueden envanecerse de un origen tan immaculado como los montañeses del Olimpo; pero es igualmente incontestable que desde el cabo Malée hasta el Mar Negro, y desde Smirna hasta Corfú, hay diez millones de individuos que hablan el griego, mezclados con un pueblo que habla el slavo y que en la llanura de Atenas se distingue fácilmente el albanés por su frente deprimida y su nariz corta del griego de ancha frente de pómulos salientes, bien que sea igual el traje. Basta hablar una hora con este último para no poner en duda la autenticidad de su origen: las cualidades de espíritu son ahora las mismas que en tiempo de Homero. La misma aptitud para comprender bien y pronto, la misma facilidad para espresarlo todo con elegancia y por metáfora. Estas cualidades dan al heleno una superioridad tan grande sobre las demás razas del Oriente, que no son amados de ninguna. Los turcos los tachan de ser desconfiados y disimulados, porque han opuesto la habilidad á la fuerza; los levantinos los acusan de mala fe en sus relaciones mercantiles, porque saben más que ellos; tampoco son simpáticos á las otras naciones mediterráneas.

Serios y reflexivos ni emplean la burla ni el tono rápido del drama. El doctor sigue entre ellos el tono tranquilo de la elegía: un mal latente y no una crisis aguda es lo que trae los trasportes de la locura. Mientras que en Nápoles ó en Venecia, por ejemplo, las armas de Cupido hacen terribles heridas, las flechas del dios ateniense no impide dormir ni dedicarse á los negocios.

Los griegos han conservado la entonación trágica y son dignos hijos de aquel furioso Orestes, muerto ha más de noventa años de un accidente. En su espíritu la acción marcha siempre con lentitud y gravedad, no sin énfasis, aunque siguiendo de cerca la realidad, dialogando, preguntando y dándose tiempo para la reflexión antes de llegar al desenlace. Se admira uno de esas tendencias analíticas y previsoras aun entre los más ignorantes. Es el pueblo que mejor sabe escuchar, el que habla menos, aun hablando mucho.

Todo el mundo conoce el traje griego: el dorman corto, el jubon (*fystan*) el *fezy*, y la polaina bordada ajustándose á la pierna. Los marinos llevan, en vez de *fezy*, un pantalon muy amplio. En invierno